

LA SANGRE QUE MATÓ TU SONRISA

LA SANGRE QUE MATÓ TU SONRISA

CARLOS SANRUNE



A Darrell de Rosset,
in memoriam.

Le sacudieron los vientos
rebeldes el corazón.

Pedro Garfias

Tres días, con sus tres noches,
le fueron busca, buscando.
Tres días con sus tres noches...
Le cogieron la del cuarto.

Anónimo

Este cuerpo que abrazo (¡y que me abraza!)
tiene gusto a barro y gusto a estrellas.
Y yo no sé quién me tiñe ahora
(en un juego profundo) las estrellas
de rojo.

Sandro Penna

UNO

La primera imagen que Manuel recordaba era la de aquellos ojos negros que, casi sin pestañear, no dejaban de mirarlo mientras la boquita succionaba con avidez del pecho.

Paca, su madre, siempre lo decía. Que Ángel, su hijo de leche, había sido un niño muy glotón, mucho más ansioso a la hora de aplicarse a la teta que él, habitualmente más remiso en los momentos en que tocaba alimentarse.

Manuel únicamente conocía la glotonería de Ángel por las repetidas referencias maternas. En cambio recordaba con nitidez –a pesar de su temprana edad– a su hermano de leche mamando de una de las tetas, con sus ojitos muy abiertos fijos en él, mirándolo de una manera que con el tiempo se atrevería a calificar de obsesiva, si es que tal cualidad puede darse en la mirada de un lactante.

Paca lo contaba como anécdota cada vez que tenía oportunidad, sobre todo estando ambos muchachos presentes. Hablaba con desenfado de aquella peculiaridad de Ángel mientras ponía caras que querían simular las de un tierno glotón insaciable, lo que provocaba la risa de los chicos.

–Me dejaba sequita –le gustaba decir–, como una bota de vino tras haber pasado por las manos del señor Gervasio, el de la carpintería. Pero nunca mordía, a diferencia del puñetero de mi Manuel, que de vez en cuando me pegaba unos mordiscos en el pezón que me hacían ver las estrellas, el muy *jodio*.

Cuando ambos muchachos eran niños y escuchaban las anécdotas de Paca sobre la lactancia común, se reían con ganas. Luego, ya de mayores, continuaron escuchando divertidos las mismas historias, docenas de veces repetidas, como si fuese la primera vez. Aunque no eran conscientes de ello, en el fondo les gustaba escucharlas porque aquellos relatos tan conocidos venían a certificar la íntima cercanía que habían tenido ambos desde casi el instante primero de sus vidas, a pesar de pertenecer a familias y ambientes tan distintos.

Manuel y Ángel habían nacido con dieciséis días de diferencia y eran, como se ve, hermanos de leche. Paca, la madre de Manuel, amamantó a ambos debido a que doña Concepción, la madre de Án-

gel, no pudo hacerlo con su hijo recién nacido. La mujer lo intentó con toda su voluntad, llegando incluso a tomar algunos remedios de curandera que le aconsejó la portera de su edificio, pero no le resultó posible alimentar a su tercer hijo. Su cuerpo se negó. Con los dos anteriores no había tenido problemas. Si bien resultaba cierto que no era una de aquellas mujeres de ubres espléndidas a las que brota la leche abundante casi sola, sí pudo alimentar y hacer crecer a sus hijos sin recurrir a complemento alimenticio alguno, solo con su leche, con su cuerpo. Y lo que de sus senos salía no debió ser de mala calidad, a la vista de los resultados. Pero con Ángel no. A aquel hijo tardío no pudo alimentarlo. Seguramente fue por los nervios, o tal vez por la edad, pues cuando dio a luz ya se preparaba para cumplir los treinta y ocho, pero el hecho fue que la leche dejó de manar de sus pechos en el momento en que era necesaria.

Desde el mismo día de su nacimiento aquel niño parecía siempre pedir más, y ella comenzó a darse cuenta de que ni con los dos pechos tenía suficiente para saciarlo. Debido a ello los nervios empezaron a dominarla cada vez que debía enfrentarse a la tarea de amamantarlo. A medida que crecía su nerviosismo, ella fue dejando de producir leche. Aunque no fue de golpe, sí fue un proceso extrañamente veloz, de tal manera que en cada toma parecía fluirle menos, lo que incrementaba su ansiedad y los lloros del niño. Presa de la angustia comprobaba en cada ocasión cómo la cantidad de alimento que podía dar al crío disminuía. Desesperada, temiendo por el desarrollo de su hijito, buscó ayuda entre los mejores especialistas de Madrid, pero para su desconsuelo nada pudieron hacer. Sus pechos terminaron como fuentes secas. Dominada por una gran inquietud, temerosa de no ser capaz de sacar al niño adelante, probó –siguiendo los consejos médicos– a alimentarlo con leche de vaca cocida y ligeramente azucarada, pero Ángel rechazaba los biberones. Solamente tras mucho insistir, y cuando ya habían pasado muchas horas desde la última toma, conseguía que se tomase alguno.

Alguien le sugirió entonces que recurriese a un ama de cría, como se hacía antaño; que buscase a una de aquellas mujeres de hermosas ubres, corpulentas, sonrosadas y sanas que se dedicaban a amamantar a hijos ajenos. Era cierto que apenas quedaban ya en la capital. No se las veía actualmente en la Plaza de Santa Cruz, orondas, ataviadas con sus trajes montañeses típicos del Valle del Pas –aquellos vestidos de cuadros con mangas abullonadas, volantes y delantal–, adornadas con grandes pendientes, con varios collares y enormes alfileres sujetando los moños negros, a la búsqueda de madres necesitadas de una nodriza, de un ama de cría. Tampoco se las encontraba ahora con tanta frecuencia como unos años atrás dedicadas a pasear a los niños que criaban, alimentándolos allí donde tocase, sin importarles extraer sus grandes pechos sentadas en un banco, tomando la única

precaución de poner un pañuelo sobre ellos. Doña Concepción, la señora de Ormazábal, sabía que aún existían —aunque ya no solían ser hembras pasiegas, sino más bien mujeres tan necesitadas que estaban dispuestas a dejar de alimentar con su leche a sus hijos a cambio de un salario—, por lo que se propuso buscar una. Pero en el mismo momento de decidirlo se dio cuenta de que no era necesario ir muy lejos, pues Paca, la mujer que lavaba y planchaba la ropa en su propia casa, hacía un par de semanas que había sido madre, lo que significaba que estaría en condiciones de amamantar a su hijo, si es que se prestaba al trato.

Le estuvo dando vueltas durante todo el día anterior a la visita de la lavandera, llegando a la conclusión de que aquella mujer podía ser la solución a su angustioso problema. La conocía desde tiempo atrás y siempre le había gustado de ella su aparente pulcritud, a pesar de su evidente pobreza, su formalidad, su docilidad, e incluso su capacidad de pasar desapercibida, sin dar problemas de ninguna índole y sin decir nunca una palabra más alta que la otra. Una mujer honesta, trabajadora, consciente del lugar que le había tocado en esta vida. La única duda que le surgía al pensar en ella era su físico más bien pequeño, aunque tenía que reconocer que era fuerte, cosa que se veía en la soltura con que manejaba las canastas rebosantes de ropa, la pesada plancha durante horas o en las largas sesiones de lavado restregando el jabón sobre la suciedad de las ropas de su familia.

Así, a pesar de sus dudas sobre la capacidad de aquella mujer joven, consciente de que carecía de alternativas, durante su siguiente visita a la casa se lo propuso en un aparte, intentado ocultar una cierta angustia que pujaba por manifestarse a través de su voz. Le pidió que amamantase a su hijito Ángel a cambio de un pago semanal. Le garantizó un sueldo adecuado, seguramente superior a lo que Paca obtenía tras pasar horas restregando jabón, enjuagando, aclarando o planchando en agotadoras e interminables sesiones por varios pisos del centro de la ciudad.

La propuesta cogió a la humilde mujer por sorpresa. Sabía, por las otras muchachas del servicio, que la señora de Ormazábal tenía problemas para amamantar a su niño, pero nunca se le ocurrió que pudiese recurrir a ella para solucionarlo. De entrada aquel negocio no le gustó, aunque no se lo dijo a la señora. Si se hubiese dejado llevar por el impulso inicial, lo habría rechazado —aun a sabiendas de que aquella negativa podía conllevar la pérdida completa de las labores que en aquella casa realizaba—, pues no sentía a su cuerpo capaz de alimentar a dos niños simultáneamente; y una cosa tenía clara: nunca dejaría de amamantar a su hijo Manuel para dar de mamar al hijo de otra. No obstante, aunque era madre primeriza, en las dos semanas que llevaba amantando al niño había podido comprobar que su hijo no parecía necesitar toda la leche que ella era capaz de producir, de tal manera que en los últimos días había tenido que extraerse leche

para así relajar sus hinchados senos doloridos. Ese detalle ayudó a que no rechazase de entrada la propuesta de doña Concepción. Pero hubo otra razón más importante que la obligó a tomar en consideración aquello que de entrada no le había gustado: Manuel, su marido, sufría otra recaída de su enfermedad, por lo que nuevamente estaba sin trabajar. Ella, con su esforzado peregrinar diario de casa en casa, iba consiguiendo sacar adelante a la pequeña familia, pero lo que obtenía tras tanto esfuerzo a duras penas le daba para pagar el alquiler de la buhardilla, adquirir los alimentos para ambos –le desesperaba no poder alimentar mejor a Manuel en su enfermedad– y comprar los medicamentos que su marido enfermo demandaba. Era consciente de que su primer hijo no había nacido en un buen momento. Por ello no rechazó la propuesta, terminando por decirle a doña Concepción que lo pensaría.

Camino de su casa lo fue pensando y aquella noche lo habló con su marido. Manuel, dejándose llevar por un orgullo que no tenía muchas solidesces donde agarrarse, en un principio se negó, pero ella, pragmática, terminó por convencerlo. Le dijo que inicialmente se trataría de una prueba. Si comprobaba que su cuerpecillo enjuto era capaz de generar suficiente leche como para que los dos niños creciesen sanos, lo haría. De lo contrario, ante el menor riesgo de que su pequeñín, su Manolito, no se alimentase adecuadamente, daría el asunto por terminado. Lógicamente, para poder llevar a cabo la labor durante los primeros meses, debería trasladarse a vivir con el servicio de los Ormazábal, lo que implicaba dejar desatendido a su marido en aquella época difícil, pero para ese problema también había pensado en la solución, pues su suegra, la señora María, no vivía lejos y era viuda, por lo que no le importaría trasladarse a la buhardilla para cuidar de su hijo Manuel mientras este estuviese enfermo y Paca debiese cumplir el trato con doña Concepción.

Así se lo hizo saber al día siguiente.

–Lo haré siempre y cuando pueda alimentar adecuadamente a ambos niños a la vez. Si veo que no puedo, lo dejamos inmediatamente.

En un principio la señora Ormazábal torció un poco el gesto al escuchar tal condición, pues ella había pensado que el servicio debía ser en exclusividad para su pequeño –ya que Paca podía alimentar a su hijo con biberón, como habían hecho siempre las amas de cría– pues no la creía capaz de generar leche suficiente para los dos, sobre todo teniendo en cuenta las cantidades que demandaba su niño, pero ante la determinación con que la otra le planteaba el tema, terminó por aceptar, aunque negociaron una pequeña reducción en el pago semanal.

Alcanzado el acuerdo –de prueba, insistían ambas–, Paca se trasladó a una de las habitaciones del servicio de la amplia vivienda

de los Ormazábal situada en un piso principal de la calle Toledo, muy cerca de la Colegiata de San Isidro. Esa fue, inicialmente, la peor parte para Paca, consciente de que dejaba solo a su marido –aunque al cuidado de su suegra– en un mal momento; pero sabía, también, que de no hacerlo tendría dificultades para sacar ella sola la casa adelante. Todo sería diferente si Manuel no hubiese enfermado otra vez, lo que le habría permitido mantener su trabajo y su sueldo, tan necesario. Pero qué se le iba a hacer. Habían nacido pobres y los pobres no pueden ni elegir ni poner condiciones a la vida.

El proceso de aprendizaje para conseguir la pericia de alimentar a dos niños simultáneamente no requirió de mucho tiempo. Las primeras veces lo intentó dando de mamar alternativamente a cada crío, pero pronto comprobó que era más cómodo para ella y que los pequeñines parecían estar más relajados –lo que evitaba luego que vomitasen o que tuviesen exceso de gases–, si lo hacía con los dos a la vez, aunque tal cosa no era fácil. Descubrió que sentada en una butaca, con un niño debajo de cada uno de sus brazos, con las patitas asomando por su espalda y sus boquitas pegadas a los pezones, podía hacerlo, aunque si la toma se prolongaba, no resultaba una postura confortable. La búsqueda de la posición ideal la llevó a tenderse boca arriba en la cama y a colocar a cada una de las criaturas en uno de sus pezones. En tal postura la cosa parecía funcionar. Era cómodo para ella, y los niños, mirándose el uno al otro fijamente, parecían relajados. Al principio debía sujetarlos para que no resbalasen, pero poco a poco, a medida que los críos se fortalecían, fueron ganado consistencia suficiente como para mantenerse por sí mismos enganchados a su pezón, arropados someramente por sus brazos. Cuando estaba en aquella posición, con la mirada en el techo y los niños succionando de ella, se imaginaba a sí misma como una hembra animal, tal vez una loba, alimentando a sus cachorros; y aquella imagen la hacía siempre sonreír.

Pero no fue fácil al principio, pues durante los primeros días surgieron muchas dudas que sumieron a las mujeres en la inquietud. Ni ella ni doña Concepción estaban seguras de que fuese capaz de producir el líquido nutriente en cantidades necesarias como para saciar a ambos niños. Y así pareció ocurrir en las primeras y nerviosas sesiones, angustiando a las madres –doña Concepción asistía expectante a todas las tomas–, lo que las llevó a pensar, con preocupación, que aquello no iba a funcionar, sobre todo con Ángel, quien siempre parecía demandar más. Al principio se vieron obligadas a completar la alimentación de los niños con biberones de leche hervida, pero la preocupación duró poco, pues pronto pudieron comprobar, casi con alborozo, que el cuerpo pequeño de Paca respondía al desafío, generando cada día mayores cantidades de aquel líquido que les parecía a

ambas algo precioso, hasta el punto de que pronto pudieron prescindir del auxilio complementario de los biberones.

Los niños fueron creciendo y engordando, mamando varias veces al día cual cachorros enganchados a los pezones de una madre animal, succionado con distinto grado de avidez, pero sin dejar de mirarse el uno al otro por encima del cuerpo de Paca ni un solo instante mientras permanecían en aquella posición alimentándose. Siempre fue Ángel quien más leche demandaba. Manuel terminaba por dormirse pegado al pezón y, en muchas ocasiones, sin siquiera haber vaciado la teta que le correspondía. Cuando tal cosa pasaba, Ángel se encargaba de finalizar el trabajo de su compañero. Sobre la glotonería de Ángel, ya lo hemos dicho, gustó siempre a Paca gastar bromas, sobre todo cuando ya ambos chicos eran adultos:

—Menudo mamón eras de chiquitín, Angelito, me dejabas las tetas *estrujás* —le decía en tono jocosos muchas veces cuando el muchacho iba a visitarla a la buhardilla de la calle del Olmo.

No fue aquella una época fácil para Paca —como en general no lo sería ninguna de las de su vida—, pues a la tarea de amamantar a los críos se unía la tradicional de lavar y planchar la ropa de los Ormazábal, así como otros novedosos quehaceres domésticos en los que, por requerimiento de doña Concepción, ocupaba los pocos ratos libres que podían quedarle. Cuando las tomas de los niños empezaron a espaciarse —y teniendo ya concluidas sus otras tareas diversas—, procuraba escaparse durante algún rato hasta su casa para encontrarse con Manuel quien, felizmente, parecía recuperarse de aquella larga recaída de su enfermedad. En alguna ocasión, aprovechando su visita y la salida simultánea de su suegra para comprar algo con el dinero que ella acababa de traer, hacían el amor de una forma algo precipitada, casi furtiva, sobre todo en la etapa final de la recuperación de Manuel, cuando este ya empezaba a encontrarse con fuerzas que incentivaban su deseo.

Con rapidez fueron pasando los meses y cuando se dieron cuenta los niños ya habían cumplido su primer año. A partir de entonces Paca dejó de pernoctar en casa de los Ormazábal, pues Ángel, quien había ido atemperando su glotonería, ya no requería de tomas nocturnas; por si acaso y en el supuesto de que alguna noche se despertase el niño hambriento, dejaba Paca siempre preparado un biberón para que doña Concepción se lo diese, aunque cuando tal eventualidad se dio, esta tarea no siempre tuvo éxito.

En aquella segunda etapa Paca, muy de mañana, cogía a su pequeño Manuel en brazos, bien abrigadito durante los meses fríos, subía con paso rápido por la calle del Olmo, seguía por la del Calvario,

torcía a la derecha por Jesús y María, atravesaba la Plaza del Progreso, recorría Duque de Alba hasta su final y se adentraba por la calle de los Estudios hasta llegar a la calle Toledo y al piso de los Ormazábal. Allí pasaba todo el día, dando las tomas que los niños requerían y, entre una y otra, dedicándose a frotar, enjuagar, aclarar, colgar, recoger, almidonar, planchar y guardar la ropa ajena, amén de otras labores menos periódicas que la patrona le demandaba.

Para ese entonces Manuel padre hacía mucho tiempo que ya estaba recuperado y trabajando, esta vez en la carpintería del señor Gervasio, aquel del que su mujer hacía bromas por su afición a la bebida.

A pesar de que la enfermedad lo visitaba recurrentemente, no era el de Manuel el físico de un hombre enfermizo; todo lo contrario, pues tenía buena planta, estatura promedio, cabeza poderosa, rasgos varoniles y fuertes brazos. Aquel cuerpo no carente de atractivo alojaba, también, a un hombre bueno, honesto y trabajador, apreciado por todos los que lo conocían. Fueron estas características, más que su físico, lo que hizo que Paca, cinco años atrás, se enamorase de él tras conocerlo un día en la verbena de San Cayetano. Después de un apasionado noviazgo terminarían por casarse un domingo de Mayo en la iglesia de San Lorenzo, él notoriamente incómodo en el interior de un acartonado traje oscuro y ella vestida con un terno de calle de color claro, pues consideró que era un dispendio gastar dinero en un traje de novia; algo que, por otro lado, tampoco hubiesen podido permitirse.

Desde entonces había sido el suyo un matrimonio feliz en sus estrecheces, que eran muchas. Su felicidad únicamente se veía empañada periódicamente por la enfermedad de Manuel, el paludismo del que se contagiara en su adolescencia en las marismas de su Huelva natal y del que periódicamente sufría recaídas. Cuando aquello sucedía le daban accesos de una fiebre altísima que lo dejaba tiritando durante días, bañado en sudor y delirando. Luego, cuando la temperatura empezaba a remitir, quedaba postrado, muy débil, sin fuerzas siquiera para levantarse de la cama durante muchos días. Aquella enfermedad recurrente que su marido arrastraba cual condena y que venía periódicamente a empañar su felicidad, también se encargaba de apretar sus estrecheces, ya que cada vez que aquellos episodios se daban —por suerte no con excesiva frecuencia— su marido se veía imposibilitado para trabajar, lo que en alguna ocasión conllevó la pérdida del puesto, ya que si la ausencia se prolongaba, el patrón se veía en la necesidad de sustituirlo por otro que, si daba buen resultado, terminaba por quedarse con la plaza. Por suerte, cuando tal eventualidad ocurría, tras su recuperación no solía demorar mucho el momento en que algún pequeño taller, conocedor de su honestidad y su buen hacer, le ofrecía un trabajo.

Cuando la salud lo acompañaba y conseguía traer un jornal a casa, intentaba convencer a Paca para que dejase, o al menos redujese, su actividad como lavandera y planchadora a domicilio, pero la mujer se negaba, pues era consciente –aunque a él no se lo decía– de que el paludismo tarde o temprano volvería a hacer acto de presencia en el cuerpo de Manuel y entonces ella necesitaría volver a trabajar, sin tener la seguridad de poder recuperar a las clientas que hubiese dejado. Por eso, a pesar de la insistencia de su marido, ella procuraba seguir con lo suyo, incluso cuando él traía dinero a casa. Además, lo que ella conseguía con su esfuerzo no venía de más a la familia, pues el salario del marido era magro y a duras penas daba para los gastos más básicos. Con lo que ella ganaba conseguía cubrir otras necesidades, como comprarse unas medias o una camisa a Manuel; o permitirse algún pequeño capricho, casi elemental, como tomar un domingo un vermú en una terraza, o ir a una sesión de cine, o comprarse un cucurucho de las garrapiñadas que tanto le gustaban mientras paseaban por el Retiro.

Vivían en una pequeña buhardilla situada sobre el cuarto piso de un edificio de la calle del Olmo a la que se subía, una vez agotadas las escaleras que conducían a las viviendas, por otra empinada y oscura de escalones de madera desgastados por miles de pasos anteriores. Allí tenían su hogar, en un habitáculo diminuto formado por dos únicas estancias separadas por una cortina y pobremente iluminada por un ventanuco por el que se colaba la lluvia y el frío de Madrid en invierno. Vivienda oscura y de difícil ventilación, contaba con una división principal que hacía las veces de cocina y sala de estar –y que era donde transcurría la cotidianidad de la familia–, dotada de un fregadero, al que había que traer agua desde la fuente que se encontraba en el patio interior del edificio, y una cocina económica, alimentada con carbón, que en ocasiones combustionaba mal, llenando de humo la estancia y que servía de calefacción en invierno junto con el brasero. Una alacena, una pequeña despensa con fresquera, una mesa de basta madera cubierta por un mantel de hule desgastado y cuatro sillas desparejadas constituían el mobiliario. En la pared, no carente de manchas de humedad y algunos desconchones, colgaban un par de fotografías. Una, del día de su boda, los mostraba a ambos sonrientes y guapos, él con corbata y traje oscuro y ella con aquel vestido claro de calle que aún seguía utilizando en las ocasiones que lo ameritaban. La otra representaba a los padres de Manuel, en la época en que la familia aún vivía en Andalucía. Una cortina de colores claros separaba aquella estancia de otra más pequeña, donde se ubicaba la cama del matrimonio junto a una mesilla de noche con su orinal y un viejo armario ropero de madera oscura. Sobre el cabecero de la cama podía verse un crucifijo y una lámina del Sagrado Corazón. Aquella habitación no tenía ventana. Todo estaba impecablemente limpio y ordenado. El

retrete se ubicaba fuera de la buhardilla, compartido con otras cinco familias que vivían en condiciones similares o aún peores por ser mayor el número de sus miembros, en buhardillas adyacentes.

Cuando dieron por finalizado el periodo de lactancia de los dos críos, Paca regresó a su casa. Pronto fue consciente de que a partir de entonces, con el niño, su vida se complicaba aún más, pues se veía obligada a cargarlo de casa en casa mientras ella maneja el jabón o la plancha, hiciese frío o calor. Fue el momento en que Manuel aprovechó para convencerla de que dejase aquellas duras labores a domicilio, dado que él, con su salud entonces recobrada, trabajaba y ganaba suficiente dinero como para mantener a la familia. Ella, consciente de la imposibilidad de continuar con la rutina que había llevado hasta el nacimiento de su hijo, accedió, pero no renunció a todas las casas en las que había prestado sus servicios, sino que decidió continuar con la de los Ormazábal (algo que doña Concepción, conocedora del cambio, le agradeció). Allí, a la calle Toledo, iba cargada con su chiquitín dos veces por semana, una para lavar y tender y la otra para planchar, almidonar y guardar. Lo siguió haciendo como medio para apoyar a la economía de casi subsistencia de su familia, pero también argumentó ante Manuel que lo hacía porque en aquella casa se consideraba bien tratada. Aun siendo tal cosa cierta, la razón fundamental por la que lo hizo fueron Ángel y su pequeño Manuel. El hijo de doña Concepción le tenía un gran cariño —idéntico al que ella sentía por él— y se lo manifestaba en cuento la veía entrar, incluso antes de que el muchachito llegase a pronunciar las primeras palabras.

—Míralo —decía su madre con una cierta irritación cuando lo observaba levantado los brazos hacia Paca—, parece que te quiere a ti más que a mí, que soy su madre, el muy sinvergüenza.

Fueron los niños, pues, la razón más importante por la que Paca continuó con su servicio en aquella casa burguesa. La necesidad que parecían tener el uno del otro era tan evidente, que hasta se emocionaba en silencio al observarlo. Sobre todo la necesidad que Ángel manifestaba respecto de Manuel. Era verlo entrar y, antes de andar, comenzaba a dar saltitos sobre sus abultados pañales, levantando los brazos y balbuceando cosas ininteligibles, pero cargadas de alegría. Luego, cuando Paca sentaba a su hijo junto a él, lo veía aproximarse, ansioso, dando muestras de necesitar tocarlo; al principio de manera torpe, pero luego, a medida que su coordinación mejoraba, transformando aquellos contactos en verdaderas caricias, cargadas de infantil ternura. Cuando llegaba la hora de que Paca regresase a casa llevándose a Manuel, Ángel siempre quedaba llorando, desconsolado, lo que partía el corazón de la mujer al observar aquel sentimiento tan puro.

Manuel, por su parte, actuaba de manera diferente. Bien es cierto que daba muestras evidentes de alegría cuando se encontraba con su hermano de leche y que también participaba de las caricias o los besos, pero a veces dejaba de hacerle caso, lo ignoraba; incluso, en algún momento, siendo ya algo más mayorcitos, llegó a pegarle o a tirarle de los pelos con furia, cosa que Ángel nunca hizo con él.